

MUESTRARIO DE CRISTIANOS



EL FUNDADOR



De vez en cuando al cristiano, sea hombre o mujer, le entra la gana de fundar. ¿Se trata de una inspiración de lo alto, de un prurito personal, de una tentación irreprimible o de un servicio que se rinde a la comunidad de creyentes? El fundador no suele ser un cualquiera. Es uno que pica alto. Y que, al abrir un cauce de seguimiento del Evangelio o de vivencia de la fe, tiene un sentido acusado de la supervivencia. Dejará huella.

Al fundador le puede ocurrir que quiere ser un caudillo, un conductor de otros. Que siente una llamada interior a desbrozar un camino nuevo. Que se cree capaz de corregir la plana a todos los anteriores o que pone al servicio común otra fórmula de vida cristiana. Ahí radica la dificultad: en el discernimiento del carisma, en su necesidad o en su oportunidad para la Iglesia. Los fundadores han enriquecido ampliamente la Iglesia. Pero en algunos casos han multiplicado el follaje sin aportar nada sustancial.

En cualquier caso, el fundador ha de ser consciente de que es un instrumento. Nunca un fin. El abre, en el mejor de los casos, un sendero, una vereda, un atajo. El no es el camino. Es más, apurando bien las cosas, el Camino es sólo uno. El que es, además, la Verdad y la Vida (Jn 14,6)